

Raúl González Labbé

Ño Jacinto (1)



L final del pueblo, ahí donde la doble línea de acacias termina su presentación militar y las casas ralean distanciadas por potreros sembrados de vacas overas y de bueyes con la cabeza gacha, hay tres chozas que despiden al transeúnte moviendo en el viento sus pañolitos de durazneros floridos. Son chozas de barro blanqueado con carburo, donde puede leerse un chilenismo grosero escrito por el primer lápiz del rapaz escolar que allí vive y se desarrolla como puede, entre chanchos, gallinas y perros buscadores de desperdicios.

En una de estas chozas, la más pequeña y apartada, vive sin más compañía que sus recuerdos y una esperanza lejana ya destiñéndose en el tiempo, Ño Ja-

(1) Raúl González Labbé, publicó en 1941, un valioso y fino relato, contenido en breve volumen al cual dió el nombre de «Chépica», aldea de nombres propios». Observador certero de la realidad, su prosa adquiere plástico colorido al describir paisajes y escenas autóctonas, como puede apreciarse en este cuento con que «Atenea» lo presenta al público lector.

cinto, viejo inquilino del fundo «El Nosedal». Es un hombre a quien los «futures» jubilaron por inservible para la pala y la siembra. Le dieron esta pieza—ellos la llaman casa—, haciendo un lado la paja que antes la llenaba por completo, para que el anciano descansara sus últimos meses.

De vez en cuando, un almud de papas, una docena de cebollas, forman un cerro de provisiones en una esquina. El encargado de traerlos es don Andrés, el capataz «buenazo», que todavía recuerdo (¡hace tantos años los favores y la buena acogida que le brindara On Jacinto a su llegada al fundo, cuando el viejo era el más «considerado» en las casas del patrón y su voz escuchada con respeto por gañanes y demás sirvientes de la hacienda!).

Esta ración satisface al campesino inválido y nada más pide su cuerpo magro, hecho a las privaciones y al escaso comer.

—Teniendo cebollas y papas tamos al otro lao...
—suele decir.

Algunos días, cuando la vaca de On Jecho se pone dispendiosa, asoma por el rancho un potrillo de leche arrebatadora, llevado por el mocososo del vecino amable que recuerda al viejo, apenas las exigencias elementales de su diario sustento, se ven cumplidas.

Afirmado en el umbral de la puerta, ancladas en la lejanía sus pupilas sin brillo, Ño Jacinto mira y remira su vida hacia atrás... ¡Qué distante le parece todo!... Tuvo mujer —¡y qué mujer la Adelaida!—,

caballo ensillado y huerto pródigo en frutos cada octubre. Lució pilchas nuevas en Rancagua, y Machalí le consumió unos cuantos pesos para el 18, cuando el chacolí espirituoso se le subía a la cabeza y las «chinas» le sonreían en la cueca de punta y taco, mientras él enlazaba con su pañuelo la sonrisa y la promesa insinuada en los ojos femeninos.

—¡Ta fresca la tarde...

Camina unos pasos hacia adentro y sin pedir ayuda a sus ojos (sabe que bien poco le ayudan ya) agarró la «poncha» de Castilla y se la terció en las espaldas encorvadas.

Resto de antiguos haceres, la manta le ataja el frío para que pueda acariciar sus sueños como si fueran monedas de oro.

... Llegó el hijo (¡hijuna!) y la casa fué un alboroto de preocupaciones, de risas y de llantos. Por él esperó que muriera el sol junto a la pala enterrada en el barro para el riego oportuno y fecundante, y vió nacer la luna al lado de la trilladora que escupía la cosecha limpia de polvo y paja... ¡Qué no habría hecho él por su hijo!...

—Me creo que me quea tabaco tuavía.

A tientas— ya el sol ha concluído su jornada— busca por debajo de los colchones, salvados no se sabe cómo de la catástrofe, la petaca enflaquecida que aun le ofrece un raspado miserable de su perdida opulencia. Una bocanada de humo fuerte y espeso hace es-

capar despavoridos a zancudos y mosquitos. El viejo se arrellana sentado en la cama, para mejor soñar.

... Creció alto, como la mala yerba y macizo y obstinado como raíz de nogal. Para él las comodidades, el bien pasar, la camisa limpia, la chaquetilla madura de botones blancos como sauce de invierno.

—Chitas que me gustaría, taita, tener una montura mía, con lazo y todo...

Y el campesino querendón, sacaba a la feria la vaquilla que estaba creciendo apurada para reemplazar a su madre en la regalía de la leche y el quesillo. Con el producto de la venta el hijo tendría cumplido su último capricho.

Las sombras se han hecho noche en el cuarto. Los objetos escasos, se disuelven en ellas y pierden su individualidad. Sólo bultos sin contornos, como fantasmas estáticos, acompañan a Ño Jacinto en su tarea de desvestirse. Bien tapado con la frazada costina que conchabara por los restos de un menaje ya inútil para él, más encima la «poncha». Boca arriba, las vigas atravesadas cual clavículas enormes en esqueleto de pesadilla, no se retratan en sus ojos que cada día se apagan un poco más. Cerrados o abiertos en este abismo lúgubre, sólo ven sombras y más sombras que se mueven en el tiempo pasado, siempre tan cerca de él

¿Cómo sucedió? . . . ¡Qué más da! Pero después de verdeguear, enlutarse de frutos y quedar desnuda muchas veces la higuera del patio, su hijo desbarrancó en la cuesta de la honradez tantas veces descrita y en-

señada en ejemplos por el padre: desapareció con una yunta de bueyes del patrón, para siempre...

—Linda pieza te salió el chiquillo, Jacinto, como para sucederte en la hacienda...

—Es mi suerte, patrón; taría escrito que así no más juese... Pero yo le pagaré los animales de algún modo; su mercé me conoce y ha de creerme.

—Porque te conozco y has demostrado siempre honradez, no he tomado otras medidas... Espero tu pago, Jacinto...

Todos sus ahorros, que no eran muchos, y los haberes que podrían dar algo al ser vendidos, juntáronse en las casas del patrón para borrar la mancha dejada por el hijo; pero siempre quedaba algo, algo sutil, imposible de descifrar, en los ojos de los trabajadores, sus compañeros; algo que se mantenía a pesar del viento que deshoja estaciones y que permanecería como la única cosa visible para sus ojos extinguidos...

Cruje la paja bajo la cama al desplazarse el cuerpo del yacente para lograr más descansada posición. Un suspiro profundo y sostenido escapa del pecho como sollozo o protesta que no alcanzó a madurar... y el sueño aletea por allí cerca del anciano sin aplastar sus párpados: se detiene en el muro, en las vigas, en el piso de ladrillo: va afuera, espolvorea sombras en las pupilas de un quiltro vagabundo que allí dejará escurrirse la noche de estrellas altas y frías. Vuelve, y el viejo se acurruca bien tapado, como invitándolo a com-

partir la tibieza de su cuerpo. ¡Pero están ahí los recuerdos con sus alfileres de insomnio!

Enfermó la vieja y no hubo quien la sanara. «Pensión» por el hijo ido?... ¿Vergüenza de su madre?... Flaca, los ojos escondidos en las cuencas oscuras, el mal se la llevó una noche ventosa quizá a qué regiones.

Se quedó solo, solo. Aunque con las piernas no tan torpes y tiesas como ahora; pero sí con harto más pena; con angustias que herían por dentro dejando llagas en su alma. Se quedó solo, y por dejar irse los minutos se le escaparon los días y los años sin decidirse a luchar por su sustento, sin defender lo adquirido, sin sacudir la nieve que lo iba doblando, ennegueciendo como a volcán domeñado.

—Estás viejo Jacinto, y parece que no tienes ganas de trabajar o... no puedes hacerlo. Tú tienes que comprender que en esta forma...

Sólo pudo entender que se le sacaba del fondo; que se le alejaba para siempre de estos sitios donde su vida discurrió plácida y alegre y también llorosa y negra. A otro sitio lo llevaban a llorar su inutilidad y a esperar la Noche que no sabía por qué demoraba tanto después de haberle inutilizado los ojos y anquilosado las piernas.

De este modo vino a dar aquí.

—Podrás descansar tranquilo allá hasta que... hasta que quieras—lo despidió el patrón, suavizando el

anuncio del fin por el cual oraba el inquilino con fervor.

Por fin el sueño se apiadó de él y fué desvaneciendo los recuerdos amargos. Ahora duerme con la cara rayada de arrugas. Los bigotes cenicientos, sopladamente por la respiración bucal, flamean tenues como peluzas de cardo en tarde vespéral. Se acentúan los años en las cuencas profundas de los ojos protegidos por pestañas y cejas abundantes, en la nariz corta y en las mejillas sin carne.

Afuera, la naturaleza cuida el sueño de Jacinto deteniendo el viento en el ramaje de sauces y álamos espigados.

* * *

—¡On Jacinto! ¡On Jacinto!, despierte, que anda un gallo preguntando por usted.

—¿Ah?... ¿Qué querís, chinito?

Se endereza con dificultad el anciano, flojos los músculos después del sueño que se le alarga en somnolencia. En el umbral de la puerta un bulto pequeño habla, aureolado por el sol campesino que clava desde hace rato los ijares del día con rodajas de fuego, le despierta por completo.

—¡Puchas que le cargó la pestaña, on Jacinto! Dice mi mamá que hay un hombre que quiere verlo.

—¿A mí?... Ejate de payasás, chino, mira que no hay que reirse así de los viejos...

—¡Bah! ¿No le digo pues? . . . Mire, aquí mesmíto viene . . .

Alta y oscura, la sombra al enmarcarse sólo deja líneas de luz en la puerta. El anciano quiere ver, pero sus ojos secos apenas si le muestran un tronco negro con brazos caídos que se alzan de pronto para dibujar una cruz.

Así es que no conoce a sus hijos, on Jacinto . . .

—¿Samuel? . . . pero . . . , Samuel, ¿sois vos?

El nombre arrancó de los labios del anciano como sollozo o alegría que se desbordan en torrente confuso.

—Yo soy, pues, taita.

Ya seguro de su presencia aquí, a su lado, en el cuarto de los recuerdos angustiosos, el anciano se envuelve en la vieja manta de indiferencia de sus abuelos indios.

—Ta bien. ¿Y a qué venís?

Macizo el hombre, ancha la cara con ángulos de soberbia en boca y barba; estrecha la frente afligida por los cabellos que la angostan con su nacimiento tan bajo; pequeños y nerviosos los ojos de extraño brillo interior. Dos trancos largos y está al lado del padre estrechándole las manos con violencia cariñosa.

—Me cortaba de ganas de verlo, taita, y aprovechando mi pasada por Rancagua, para subir después a la Mina, me largué para acá.

Nerviosas salen las palabras empujadas por esos labios toscos, enemigos de la suavidad y las explicaciones.

No conversaron mucho. El viejo prefería sentir lo que pasaba dentro de su ser; ideas de luz, golpes de sombra, varillazos de alegría, choques de dudas y certezas, en un rodar vertiginoso.

El otro contó lo necesario para amarrar el hilo de sus vidas separadas desde tanto tiempo y después dormitó al sol, descansó al fresco de un sauce y esperó la noche sentado en el umbral de la choza.

El «asunto» se tocó en la obscuridad de la pieza, cuando las caras no podían ser sorprendidas en gestos delatores, cuando la vergüenza no se veía en la rubicundez de las mejillas ni el parpadear de los ojos tenebrosos.

—Por ey podís dormir; hay paja montón y con el poncho e Castilla te tapai. Yo tengo con esta cubija que me va queando.

—Ta bien, paire; pero yo tengo que explicale la cuestión; cosas de chiquillos, leseras que uno hace y que después le friegan no más.

—Tate callao, mejor, Samuel. Si hay algo que llorar es la muerte de la dijunta y esta nube tan crecía que no me eja ver na. Lo demás ya pasó...

Ambos callaron para escuchar a la noche su discurso de sapos cantores y de perros que ladran al aldeano atrasado. La luna salió a bogar por el mar azul y se detuvo unos minutos en la puerta de la choza. Delicada y femenina no se atrevió a entrar y menos golpear con su luz de leche. A los hombres desconocidos

más vale no hablarlos, y dentro adivinaba a un ser obscuro, difícil de comprender.

Los hombres se recogieron en sí mismos, distantes, y cada cual tomó su camino para llegar al sueño.

* * *

Temprano salió al pueblo ese día. Tercero de su llegada junto al viejo. Después de caminar cuatro cuerdas por encima de una alfombra de tierra suelta, entró al poblado. Allí había muchachas, sirvientas tal vez, arriando con sus chicotes de curagüillas los papeles y cosas despreciadas en los corredores de las casas ricas. Otras sonreían coquetas al lechero enamorado que las requebraba por igual con palabras sencillas mientras en una mano alargaban el tarro lleno del alimento primero y eterno del hombre.

Después vió a los tenderos colgar en las puertas abiertas de sus negocios, el muestrario universal de sus existencias y al agenciero español mover y mover su charanga de extravertido racial.

Cuando Samuel ganó la plaza, miró a su alrededor y no viendo más que jardines multicolores, pastos cultivados y pájaros chacoteando su euforia en las copas de los árboles, atravesó la calle frente a una tienda que ostentaba el rótulo decisivo: «Bazar y Agencia La Confianza».

—Necesito unos pesos por esta manta,—habló con voz ruda.

—Tan de madrugá, niño... ¿O tenía que ser así?...

—No le entiendo ni le importe la hora si tiene abierto el negocio.

—¡Por María Santísima er tío éste como razona... ¿Y cuánto necesita el «apuraos»?

Lo más que se pueda... ¿Doscientos pesos?

—¡Hombre que no es nueva; mira tú que el verde la sigue de cerca.

—Déjese de bromas y diga cuánto puede pasar.

Prolongó todavía el examen el prestamista con vueltas, miradas y más vueltas a la castilla en toda su extensión y concluyó:

—Ochenta pesos por empezar con algo er día.

—Vengan—cortó seco el hombre, sin deseos de escuchar más las ocurrencias graciosas del comerciante.

Con los billetes arrugados, seguros en su bolsillo, desanduvo Samuel a pasos lentos el camino recorrido. Un depósito de vinos atrajo su mirada, tras de la cual se fué el cuerpo, ansioso de ahogar un malestar perdido en la conciencia, que no se podía explicar: ¿vergüenza por lo hecho?... Pero ¿para qué quería el viejo esa manta cuando moriría— sí, moriría—un día cualquiera de éstos y entonces manos extrañas atraparían lo que le pertenecía por ley?... ¿Que si no moriría tan pronto, y el invierno...? ¡Peor para él!

—Deme una caña de tinto.

—Temprano, amigo. ¿Componiendo el cuerpo?

—Tomo cuando tengo sed o ganas.

¿Por qué habrían de entrometerse en su vida? Estaba malhumorado; su cara adquirió rasgos amenazantes de hombre sin Dios; las cejas se juntaron más haciendo sombra de montaña a los ojos brillantes como corvo asentado.

—¿Tiene una botella que me venda para llevar un litro?

—Sí, sí, como no; se la voy a llenar al tiro.

Con prontitud inusitada el cantinero atendió el pedido del hombre; no le agradaba la presencia en su bodega de un sujeto tan mal agestado.

Con la botella bajo el brazo, prosiguió su camino.

—¿Sois vos Samuel?— Insegura preguntó la voz de Ño Jacinto al sentir pasos vecinos a la choza.

—Yo soy pues, don, y vengo armado para celebrar juntos mi despedida.

—¿Que te vay ya?

—Hoy en la tarde tiene que ser; subo mañana temprano a la mina.

La mentira dibujó una mueca en la boca del hijo y la noticia estrechó la garganta del viejo con garras de pena.

De nuevo solo y ahora para siempre, pensó uno.

Se iría a rodar otra vez y a hacer algo por la vida, pudo pensar el otro.

—Aquí tiene un trago, taita, plánteselo al seco.

—Años que no tomo licor. ¿Onde lo tenís? . . . Hey amaneció más ciego que nunca. Parece que esto no va a durar mucho.

—De algo ha de morir el hombre, pues,— soltó Samuel con voz gruesa y rió con la boca abierta cual hiena satisfecha.

El vino puso vida en las lenguas de los hombres haciéndoles conversar en una hora lo que no habían hecho en tres días. El anciano vació sus penas y hasta lloró su suerte con lágrimas pequeñas. Añoró el pasado e invocó la muerte con lúgubres frases de angustia. ¿Para qué vivir si a nadie hacía falta y sólo sufrir y ver sufrir y ver obscuro se le permitía? Ahora se iba Samuel y la soledad sería más grande después de su visita.

El hijo, áspero como alambre de cierros, siguió mintiendo a mordiscos una vuelta próxima y llamando a la hombría al inválido: el macho ha de ser macho hasta el fin.

El sol pinta acuarelas milagrosas en los picos de los cerros antes de enterrarse por doce horas. Lloicas, tencas, zorzales exploran los árboles en busca de la rama escondida que les permitirá dormir sin sobresaltos esa noche. Toda la naturaleza va perdiendo colores ante el ataque constante de la tarde.

—Ta oscureciendo ya, voy a arreglar mis cosas.

Se paró alto como un roble, estiró los brazos y un bostezo de animal sano destacó los dientes en doble corrida de marfil.

Una camisa sucia, calcetines agujereados, dos zapatos de un amarillo violento, pañuelo de seda, juntos en un atado que debe ser envuelto con algo. Los ojos

buscan diarios, un papel cualquiera; como linterna de ladrón nocturno, suben, bajan, recorren los rincones del cuarto, y nada. De pronto se fijan en algo y la visión va al cerebro en busca de la orden; la frazada del viejo... Claro que sirve y servirá dos veces. Y si la frazada envuelve los colchones, más suculenta será la «arreada». No hay otro pensamiento, y el despojo se realiza sin recordar para nada al padre inhábil y ciego.

Agiles las manos, lían todo en apretado bulto y... al hombro; andando, que la tarde aprieta con fuerza el dogal del día que agoniza.

—Hasta más ver, pues taita, volveré pronto.

—Adiós hombre, que too te salga bien.

—¿Y por qué no, pues?

Un estrechón de manos, y Samuel se aleja, fuerte y derecho a pesar del bulto que le carga las espaldas.

En la choza queda un resto de hombre sin luz que a tientas busca la puerta de su cuarto: no conviene que un campesino muestre los ojos húmedos al que pasa.

—¡Puchas qu'estoy perdío... Pero ¿ónde diablos?... No me había pasao nunca...

El brazo se alarga, la mano quiere coger, pero sólo tropieza con el vacío o el muro. Para allá, para acá, muro, nada. Un paso más: muro, nada.

—Ta lindo esto; lo que falta que se me pierda la cama,

Vuelven los brazos con sus antenas a tantear y no hallan sino muro, muro y nada.

Algo cruje ahora sobre sus pies: es paja; paja blanda y tibia que se acolchona al recibir el cuerpo rendido del anciano.

* * *

Al primer canto de diucas el pobre enderezó su humanidad medio rota por el lecho tan duro y por las horas largas sin sueño que recién pasaban. Como pudo salió afuera y el paño frío del aire le acarició la cara, arrastrando la fiebre de la noche que llevaba pegada en ojos y piel.

—¡Chinito, vení, oh!

Varias veces repitió el llamado con su más alta voz de viejo: sabía que era una cuadra la que tenía que cruzar y por eso la impulsaba con todas sus fuerzas. Al fin un sonido como eco de voz, contestó:

—¡Ya va. Se está vistiendo!...

Unos minutos y los pasos sosegados de On Jecho indican al anciano que el llamado trajo al padre en reemplazo de su hijo.

—¿Qué le pasa vecino? Tan temprano y ya anda por ahí.

—¿Es usted, on Jecho? ¡Pa qué se jué a molestase! Me pasó un percance anoche, pero el chinito es capaz de arreglármelo. Estoy reciego, vecino, ya no veo ni los bultos de las cosas.

—Malo, malo, pues on Jacinto. Pero yo pueo ayu-
darlo, el cabro se queó regaloneando tuavía en la
cama...

—Fué inútil hallar la cama anoche, pues, on Je-
cho. La busqué hasta me cansé y tuve que dormir por
ey encima e la paja...

El vecino cariñoso ofrece el brazo al anciano y jun-
tos entran al cuarto. Pero es en vano que la vista cla-
ra y potente de on Jecho recorra la pieza minuciosa-
mente: nada encuentra porque nada existe en ese desier-
to limitado por murallas.

Cuando el ciego lo oye, siente la garganta atena-
ceada por asfixia de amargura. Las palabras no se atre-
ven a salir y sólo arrugas y gestos de pesar hablan al
compañero del alma interior de esa alma así destro-
zada.

—¿Pero quién fué el criminal; quién pudo ser el
criminal capaz de despojar así a un anciano inváli-
do?... ¿Cuándo acaeció el robo que no pudo ser oído
por él, siempre presente en el umbral de la choza a
pocos metros distantes?... Se confunden ideas pere-
grinas, hipótesis de sombras, explicaciones imposibles
en las mentes de los hombres. De pronto, la luz gol-
pea con fuerza el cerebro de on Jecho: la «visita» de
on Jacinto, el hijo tan esperado y querido. Y sin mi-
ramientos ni delicadezas, descubre al ciego la verdad.

—Claro, ahora que me recuerdo, yo lo vide pasar
ayer con un bulto grande en las espaldas: ey no más la
llevaba... ¡ahijuna!

—Pero de verdad, ¿usted cree vecino, que Samuel...?

—Y no hay otro, pues, on Jacinto.

En verdad no había otro y la certeza cual hierro quemante penetra despaciosa y destructora, hasta el corazón mismo del campesino. Desde ese día Ño Jacinto no fué más «hombre». El golpe demasiado violento le arruinó por completo. Perdido, inconsciente, máquina dócil a órdenes instintivas, caminaba hacia donde le tiraba la mano amiga y pequeña del chino.

On Jecho le recogió en su estrechez de pobre con sentimientos de bondad y por ahí le armaron una cama de paja con cobijas de sacos y tiras inservibles.

—Donde comen tres, comen cuatro, on Jacinto, en habiendo voluntad.

Pájaro sin brújula se dejaba llevar y hacer el anciano, con ausencia completa de su yo muerto para siempre o perdido en dédalos de encontrados dolores. Sólo de vez en cuando sus labios desteñidos repetían una frase que como consecuencia de su situación había compuesto el cerebro en un último esfuerzo de inteligencia. «Si el cielo no me manda la muerte yo no sé que invierno voy a pasar este año, Dios mío»...

Mayo se comportaba juiciosamente: lucía sol y soplaban vientos frescos en las tardes alargando así la primavera en sus territorios siempre invadidos por el invierno.

Ño Jacinto era sacado fuera del rancho todos los días tibios para que, sentado en un montón de tierra

endurecida, respirara aire puro y calentara sus huesos. Antes que el viento se tornara helado y el sol abandonara el cielo, las mismas manos cariñosas lo tomaban suaves indicándole el regreso a la casa: no era capaz de trasladarse solo ni intentaba hacerlo; lo mismo daba el día que la noche para esos ojos sin vida; lo mismo tierra que mar para este náufrago sin anclas... Y así los días y los días hasta esa trágica tarde de olvido para esas manos lazarillas: no recordaron al viejo y se quedó la noche a la intemperie, mirando astros ocultos y cabeceando el sueño en quietud.

—¡Por mi Dios, si se nos queó ajuera este santo varón!—exclamó al salir del cuarto, recién levantada, la dueña de casa, al divisar a Ño Jacinto instalado en su montón de tierra

—Con la lesera y la lesera de terminar de zurcir estas ropas pal domingo... y en mis creencias que este chino condenao lo había hecho... ¡Pero güeno el cristiano paciente, por Dios!

Le recogieron tiritando de frío, aunque su frente ardía como brasa y la garganta estaba seca hasta el dolor.

—Es «bronquís» que se pescó con el sereno—diagnosticó on Jecho, y zumos de vegetales e infusiones de tilo entraron a combatir el mal en el organismo herido. Pero fueron derrotados; la enfermedad contaba con auxilios celestes invocados con constancia por el anciano: «Si el cielo no me manda la muerte, qué invierno voy a pasar este año», repetía sin descanso.

Y el cielo se apiadó de él al tercer día...